

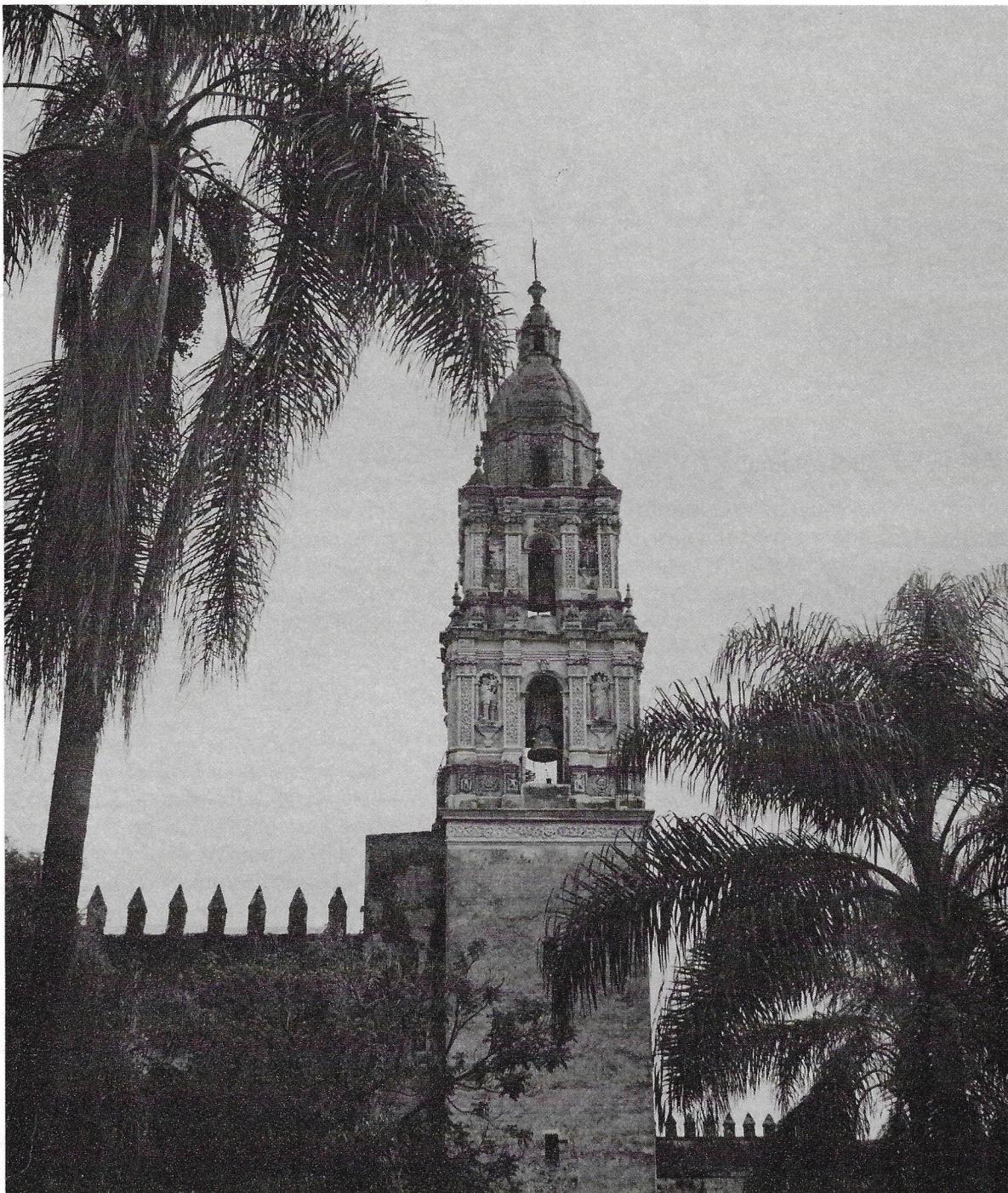
NACIONAL
C
O
-
S
-
E
O
U
-
O
>
D
V
S
A

MONOGRAFIAS DE ARTE SACRO

14

OCTUBRE 1985

MEXICO, D.F.



CATEDRAL DE CUERNAVACA

Texto:

Pbro. Angel Santamaría T.

Fotografia:

Antonio Toussaint.

Directorio:

Comisión Nacional de Arte Sacro, A.C.
Oficinas: Porfirio Díaz 33-201.
Cod. Post. 03100 México, D.F.
Tel: 575-91-07
Dirección: Manuel Ponce
Redacción: Lic. José Rogelio Ruiz Gomar
Antonio Toussaint

Portada: Torre Siglo XVIII

CATEDRAL DE CUERNAVACA

Causa sorpresa descender en breve tiempo, a través de frondosidades y rocas volcánicas, desde las cumbres frías de las montañas, al lado sur del Ajusco, hasta las lomas cálidas que conforman la ciudad de Cuernavaca, en medio de una dilatada cuenca desbordada de paisajes azules. Moderna ciudad industrial, Cuernavaca es más bien conocida internacionalmente como centro floricultor, artesanal y turístico.

Debido a su clima cálido y estable, Cuernavaca es un jardín exuberante de flores y plantas tropicales, en cuyas alargadas calles en declive, cuelgan guirnaldas de bugambilias. No se olvida tan fácilmente un día transcurrido en Cuernavaca, a la sombra de sus jacarandas, fresnos frondosos y laureles de la India, dentro de su temperatura agradable, poblada toda la ciudad, al anochecer, de pájaros bulliciosos y, ya anochecido, de grillos vibradores. Para festejar precisamente su sobreabundancia de flores, celebra el pueblo cada año, el dos de Mayo, la fiesta de la flor.

Aún existe hoy día, frente a catedral, el Jardín de Borda, antigua mansión de veraneo, con jardines y espejos de agua, que construyera aquí en Cuernavaca, para su esparcimiento y solaz, José de la Borda, rico minero de Taxco. Y Maximiliano y Carlota, durante su efímero reinado, hicieron también de este lugar su finca de recreo.

La actual Cuernavaca es la antigua Cuauhnáhuac —junto a los árboles— patria de los tlahuicas, tributaria de los aztecas, defendida por una guarnición mexica. Tras penosas jornadas llegó hasta sus aledaños Hernán Cortés con su tropa para someterla y la halló protegida de ásperas barrancas. Cuenta de sí mismo Bernal Díaz del Castillo que, al querer cruzar una de sus barrancas sobre un puente voladizo, “se desvaneció tanto, que casi no supo cómo pasó”. Ante el ataque, los tlahuicas opusieron una tenaz resistencia en defensa de su territorio; pero, sorprendidos por retaguardia, se vieron copados, viéndose obligados a rendir la plaza y a aceptar la amistad que les ofrecía el Conquistador.

Algún tiempo después, en 1523, Dn. Hernán Cortés eligió a Cuernavaca como su villa preferida y mandó construir allí su palacio, casi castillo medieval, con almenas y torreón, haciéndola así sede del Marquesado de Oaxaca, creado en su honor.

El mismo Conquistador, sediento de conquistas, propició también la conquista espiritual de la Nueva España, y escribió las Cartas de Relación a Carlos V, rey de España, en las que le pide insistente el envío de frailes, en especial franciscanos y dominicos, para ganarle almas a Dios.

Diez fueron los primeros franciscanos, Frailes Menores que, a instancias del Marqués del Valle,

Dn. Hernán Cortés, pusieron sus pies descalzos en Cuernavaca, fundando así en 1525 el quinto establecimiento misional de la Nueva España, posterior por lo tanto al de México, Texcoco, Tlaxcala y Juejotzingo. Algunos de esos diez primeros fueron Martín de Lúa, Francisco Martínez, Luis Ortiz, Juan de Cervo, Francisco de Soto y, por su destacada relevancia, Fray Andrés de Córdoba y el zamorano Fray Toribio de Benavente, o Motolinía, profundo conocedor del alma indígena.

La primera decisión de los franciscanos, luego de su arribo a Cuernavaca, y por instrucciones de Hernán Cortés, fue la erección de una capilla para el culto y de un convento para su residencia. Después de arduos trabajos de nivelación en una de las colinas en que, se supone, se alzaba el teocalli tlahuica, inician los frailes la construcción de la capilla abierta, o “capilla de indios”, con la ayuda de veinte caciques, encabezados por Axayacatzin y mucho pueblo indígena. Al mismo tiempo que la capilla abierta, se fueron edificando también el convento y las capillas de la Tercera Orden y de Dolores que, se sabe, pertenecen al siglo XVI. Los

materiales para tan magna obra se extrajeron de la barranca de Amanalco, en cuanto a piedra y arma, y los soportes de madera se acarrearon de los bosques de Cuajomulco.

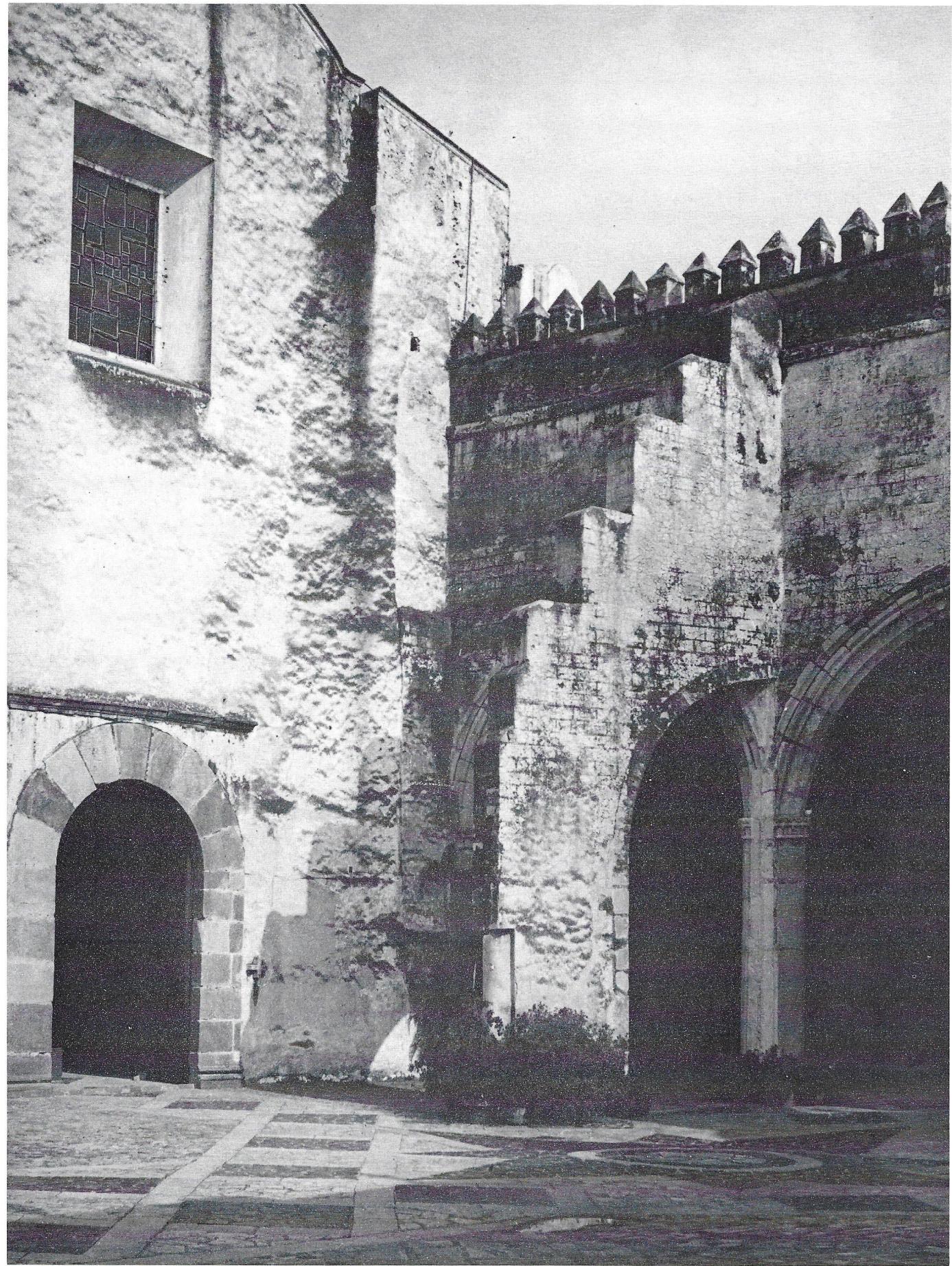
Al mismo tiempo que la obra material, se llevaba a cabo la obra espiritual. Vestidos de sayal, descalzos, los frailes recorrían infatigables los 36 pueblos del Marquesado, catequizando a través de intérpretes preparados por Fray Pedro de Gante en Texcoco y bautizando afanosamente. La santidad, la humildad, la abnegación de aquellos primeros franciscanos ganaron pronto el corazón de los nativos.

Estos, deseosos de oír la predicación y de ser bautizados, los seguían por los caminos llevando a cuestas niños, enfermos y ancianos. Dice gozosamente el P. Motolinía que terminaban con los brazos rendidos de tanto bautizar. No sólo bautizaban; instruían además al pueblo en la lectura, la escritura y el canto. Los misioneros contribuyeron con obras de riego y camineras al arraigamiento indígena.

Capilla abierta. Puerta del claustro, Escalinata del altar



Entrada al templo, Contrafuerte y almenado de la Capilla Abierta



LA CAPILLA ABIERTA

La construcción en nuestro suelo de capillas abiertas constituye, dentro de la arquitectura conventual, un hallazgo original descubierto por el talento misionero de las órdenes mendicantes y obedece, en presencia de grandes multitudes, a táctica misionera, para poder celebrar al aire libre la Eucaristía, administrar los sacramentos y adoctrinar a los neófitos. Tales capillas acertaron, además, a combinar los espacios abiertos de los teocallis prehispánicos con los espacios cerrados de los templos cristianos, y resolvieron genialmente el problema psicológico de los indígenas, hijos del sol, que miraban con cierto recelo las áreas abovedadas y sombrías.

Entre las capillas abiertas del s. XVI que todavía subsisten, destaca esta de Cuernavaca por su antigüedad, por sus dos contrafuertes, enormes y oblicuos, y por sus amplias dimensiones. Situada en posición perpendicular al paño frontal de la iglesia, se levanta coronada de almenas sobre seis arcos de medio punto, tres interiores y tres exteriores. Por unas gradas de piedra se sube al exiguo presbiterio, cuya bóveda se adorna con nervaduras de cantera. El centro de este presbiterio estaba ocupado por un retablo y una imagen de San José, a cuya advocación se dedicó la capilla. Tuvo dos campanarios, de los que sólo uno está en pie.

En su lado oriente se abre una puerta de jambas de piedra labrada que conduce al claustro. Encima de ella hay un fresco en blanco y negro, enmarcado por el cordón franciscano. En la escena de esta pintura aparecen de rodillas San Francisco y sus compañeros presentando al Papa Inocencio III la Regla de los Frailes Menores para su aprobación; el Papa, sentado, rodeado de cadenales, aprueba verbalmente la Regla.

Nada queda de las pinturas que embellecieron interna y externamente la capilla. En cambio, se puede admirar ahora por las noches su iluminación interior de color ámbar, que nos transmite un sentimiento profundo y evocador.

Dice acertadamente Pedro Rojas en su Obra "Historia General del Arte Mexicano", citando a Motolinía (Historia de los Indios de la Nueva España): "En esta tierra los patios (atrios) son muy grandes y gentiles, porque la gente es mucha y no

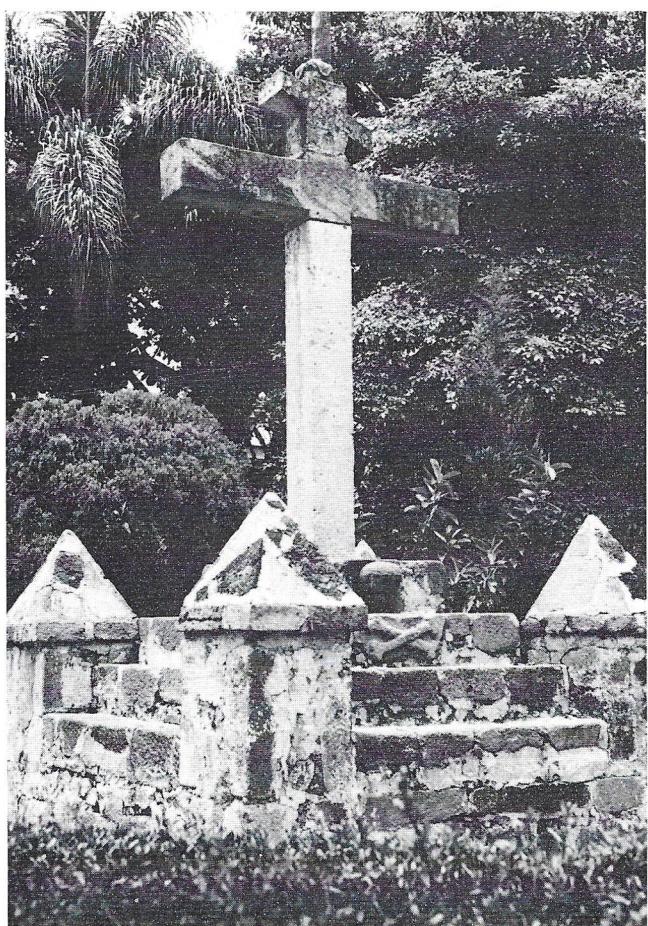
caben en las iglesias, y por eso tienen su capilla fuera en los patios porque todos oigan misa todos los domingos y fiestas y las iglesias sirven para entre semana . . ."

Continúa dicho autor:

"A la iniciativa de Fr. Pedro de Gante se debió la primera de ellas, "San José de los Naturales", anexa al convento de San Francisco de la ciudad de México.

"Por su ubicación se clasifican en Capillas aisladas, capillas a un lado del convento y capillas incorporadas a los macizos conventuales.

Cruz atrial





“Por su forma se clasifican en:

- De Abside solo;
- De Abside y Galería simple;
- De Abside y Galería doble;
- De Galería o Galerías sin ábside;
- De varias Galerías en forma de mezquita;
- De nicho colocado en la fachada frontal o lateral de la Iglesia.

“La de Cuernavaca es una capilla cuya disposición y estructura se han prestado para formular multitud de conjeturas sobre su verdadero destino.

Está formada por una amplia galería de tres arcos al frente reforzados con ulterioridad por arbotantes abanicados que se apoyan contra la **zona** alta de las columnas centrales. Descansa a nivel del atrio y aparece orientada hacia el norte, como

sólo lo están las de Atotonilco el Grande y la de Huejutla.

“El ábside es de planta cuadrangular, situado entre dos espacios de proporciones muy semejantes al suyo, en las cuales es muy probable que hayan existido los tapancos para el coro y músicos. Una bóveda de crucería cubre el ábside y bóvedas de medio cañón corren a lo alto de los espacios **laterales** así como de la Galería que la antecede. Fue concebida probablemente antes de que se pensara en el macizo conventual, por lo cual hay huellas de que en la parte alta y posterior pudieron existir celdas para monjes. Esta suposición se reforza por el hecho de que el convento se construyó contiguo a la Capilla, y por ello quedó sin la fachada frontal que **siempre** existe, pues indudablemente se quiso aprovechar el portal de la misma a manera de portería del convento.”

EL ATRIO

Que en una ciudad como Cuernavaca, toda ella en sí jardín, sea también un jardín el atrio de la iglesia, con sus ambulatorios y su sencilla fuente circular, nada tiene de extraño. Extendido por toda la parte norte del templo principal, aún conserva de sus pretéritos elementos, la capilla abierta, en óptimas condiciones, varios tramos almenados de la tapia de cal y canto, y la cruz atrial elevada sobre un pedestal con almenas en los ángulos.

Contrariamente a lo que era usual en los atrios o patios del siglo XVI, éste de la catedral de Cuernavaca carece de capillas posas que, como en Calpan, servían para descansar e incensar el Santísimo Sacramento o la imagen de un Santo durante las procesiones. En su defecto, se levantan ahora tres capillas: De la Orden Tercera, de Dolores y de la Soledad.

De las tres capillas, la más ornamentada es la llamada capilla de la Orden Tercera, o Regla Blan-

da, dedicada al Seráfico Padre San Francisco de Asís.

La entrada a su interior se puede hacer por dos puertas, una al oriente, otra al sur, con sus respectivas fachadas de estatuas toscamente adosadas a los muros. Al momento salta a la vista su ingenuo y recargado estilo del barroco popular.

La portada del sur está conformada por una elevada concha que cobija, al centro, una estatua coronada de la Virgen. La portada que tiene vista al oriente es la de más abundante labor ornamental. En el centro del segundo segmento, entre rosetas, símbolos, vegetales y estatuas de santos, resalta la escenificación en relieve de la estigmatización de San Francisco, un tema muy caro a los franciscanos y que se repite en otros lugares más.

Es en el interior de esta capilla, de planta en cruz latina, donde se encuentra un arte más depu-

Templo-Fortaleza



rado. Sobresale, principalmente, su gran retablo de estípites, realizado en madera dorada, cubriendo todo el testero. En un nicho del primer tramo, se reproduce nuevamente, esta vez en bulto, la impresión de las llagas de San Francisco; en el segundo tramo se eleva la estatua de la Virgen de la Asunción, y en el tercero, una imagen de San Luis Rey.

A parte del retablo barroco, la capilla tiene dos retablos barnizados y dorados de estilo neoclásico, colocados en los extremos del crucero: el de la Virgen Inmaculada y el de San Antonio de Padua; en lo más alto de éste último, hay un óleo inusitado: La Virgen de la Soledad, a quien los ángeles, después de la sepultura de Cristo, le muestran los instrumentos de la Pasión del Señor.

La colección más numerosa de óleos sobre tela, al claro oscuro, la encontramos en esta capilla: La Verónica, la Crucifixión, San José y San Agustín. Todos estos cuadros son anónimos y pertenecen a los finales del siglo XVII. Dignos de atención son además, el empinado púlpito, en madera labrada y dorada, y el estupendo lambrín, en

matices azul-amarillo, que corre a todo lo largo de las paredes.

Por su antigüedad, la capilla de Dolores tiene una importancia especial. Integrada al conjunto arquitectónico del convento, se encuentra al lado poniente de la capilla abierta, formando una "L" con ésta. Sus lienzos exteriores están sostenidos, en ambos costados, por macizos y renegridos contrafuertes, similares a los de la iglesia mayor. En su interior, la bóveda de medio cañón se ilumina con una esbelta linternilla. La imagen que señorea el pequeño recinto consiste en una magnífica talla, en madera policromada, de la Virgen de la Piedad. La otra escultura importante, es la de San José, en madera dorada.

Finalmente, dentro del atrio, y enfrente de la capilla de la Tercera Orden, se halla situada la capilla de Ntra. Sra. del Carmen. La construyó, a finales del siglo XIX, el P. Vélez con la generosa ayuda de los hacendados de Chiconcuac y de San Vicente, y muestra a las claras, su estilo gótico popular.

Botareles



EL CONVENTO

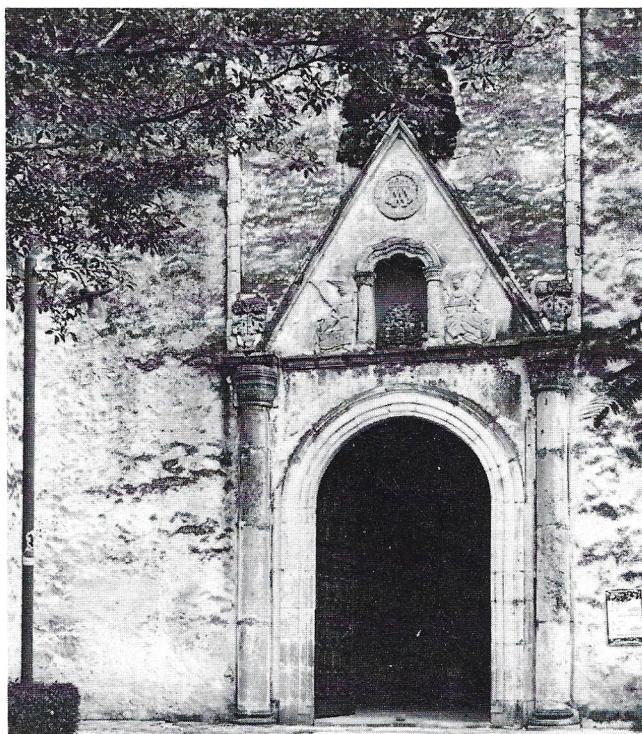
Una vez que entró a formar parte Cuernavaca como centro misionero franciscano, se procedió de inmediato a la edificación de la capilla abierta, para dar prioridad al servicio religioso. Al mismo tiempo los frailes emprendieron la tarea de construir el convento como lugar apropiado para la observancia de la Regla y para la actividad evangelizadora.

Su construcción se comenzó el año de 1525, fecha del arribo de los franciscanos a Cuernavaca, y se concluyó el 2 de enero de 1529, siendo su primer guardián Fray Juan Rivas.

A principios de 1532, los acabados interiores debían estar totalmente terminados, pues Dn. Hernán Cortés y su exigente esposa Dña. Juana de Zúñiga, dama de noble alcurnia, hija del conde de Aguilar, escogieron algún lugar del convento para dar sepultura a uno de sus hijos.

Los conventos del siglo XVI, en su estructura interna, constaban de diversas dependencias distribuidas alrededor del claustro. En la planta baja

quedaban instaladas las piezas para el servicio comunitario, como portería, refectorio, cocina, sala De Profundis, y eran de gran amplitud. Por medio de una escalera, a veces grandiosa, se subía a la planta superior, donde se disponían las celdas, o cuartos, contiguas unas a otras. En su celda, el religioso hacía su vida privada: leía, escribía, meditaba, o bien descansaba sobre una cama de tablas, y muchas veces, para mayor penitencia, lo hacía en el simple suelo. Entre los espacios abiertos que poseían los conventos, se distinguía por su amplitud y hermosura la huerta, donde alguno de los hermanos legos cultivaba flores, plantas y árboles lozanos. Relata Manuel Rivera Cambas, en su obra "Méjico Pintoresco, Artístico y Monumental", que la huerta de Cuernavaca era de gran extensión, estaba situada al sur del convento, tenía muchos árboles frutales y un hermoso estanque donde se criaban bagres y truchas. La huerta, de la que hace mención el autor, ha desaparecido por completo, y sus terrenos se ven ahora ocupados por edificios de diversa índole: un jardín de niños, un centro cultural universitario y por el parque "Revolución."



Portada lateral siglo XVI

Interior de la Catedral



EL CLAUSTRO DEL CONVENTO

El centro vital de los conventos del siglo XVI, eran los claustros, esos patios interiores hermoseados con columnatas, con murales al fresco y, frecuentemente, con una fuente octagonal.

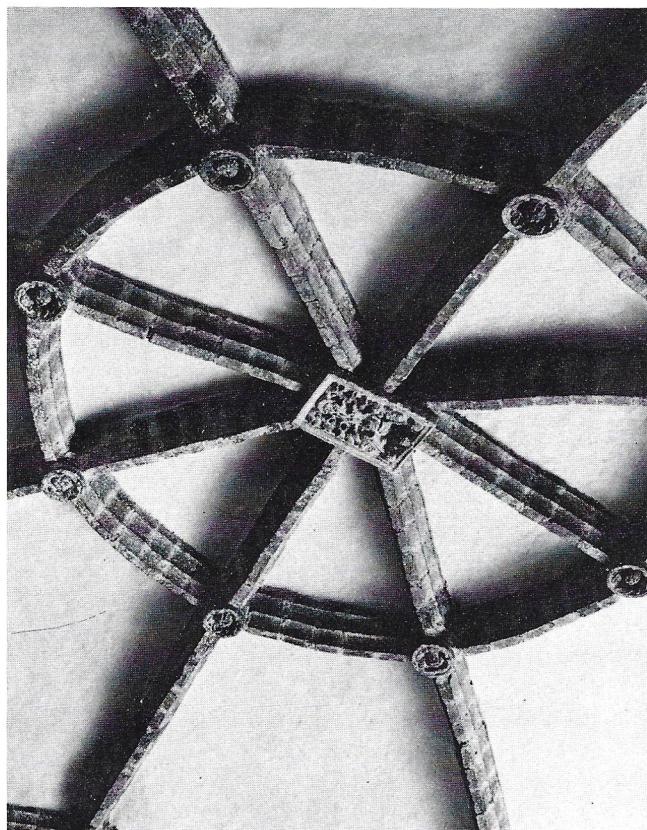
El claustro franciscano de Cuernavaca es, sin duda, uno de los de mayor enjundia en la región. Tiene planta rectangular con arquería en ambos pisos: arcos de medio punto en la planta inferior, y de muy leve peralte en la superior. Los capiteles, sobre sencillas columnas de cantera, son dóricos. Bellos macetones de plantas bien cuidadas engalanán el interior. La principal puerta para llegar al claustro es la que está al oriente de la capilla abierta. A mano derecha de esta entrada, hay un sencillo recibidor en cuyas paredes están, presididas por un óleo de Cristo resucitado, los retratos de los siete obispos, excepto el actual, que han ocupado la sede episcopal de Cuernavaca, desde el día 5 de agosto de 1894, en que tomó

posesión su primer obispo, Dn. Fortino Hipólito Vera. El segundo, de 1899 a 1911, fue Dn. Francisco Plancarte y Navarrete, destacado en sus investigaciones históricas. Los otros obispos fueron: Dn. Manuel Fulcheri y Pietra Santa, Dn. Francisco Uranga y Sáenz, Dn. Francisco González Arias, Dn. Alfonso Espino y Silva y, el penúltimo, Dn. Sergio Méndez Arceo.

Las otras instalaciones de la planta baja, son: la oficina del actual obispo de Cuernavaca, Exmo. Sr. Dn. Juan Jesús Posadas Ocampo; la oficina del Consejo de Administración en una de cuyas paredes cuelga el óleo de la Cena del Señor.

Una sencilla escalera de piedra con barandal de hierro conduce al claustro superior, cuyas antiguas celdas están ahora ocupadas por la biblioteca, un dormitorio y un salón de reuniones.

Nervaduras, Sotocoro



Lado norte del ábside



LAS PINTURAS DEL CLAUSTRO

Los muros de los corredores, tanto en el piso inferior como en el superior, se ven embellecidos a todo lo largo con doble cenefa, alta y baja, en colores del blanco, negro y ocre, que reproducen repetitivamente hojas vegetales y gotas de las cinco llagas de Cristo.

Las pinturas más importantes que se aprecian en el claustro bajo son los valiosos frescos realizados en el siglo XVI en tonos negro, blanco y ocre. El que representa el “Linaje Espiritual de San Francisco”, en la pared del lado oriente, está constituido por filas de monjas clarisas y por varios santos; en sus extremos está delimitado por ángeles y escenas en cuadretones tomadas de las Florecillas de San Francisco de Asís. La contemplación de esta pintura nos deja una impresión de similitud con las generaciones de castas indígenas que se ven en los códices nahuas.

Sobre el dintel de piedra de la puerta que da acceso del claustro a la iglesia, se descubre otro fresco en buenas condiciones, que recuerda la impresión de las cinco llagas de Cristo a San Francisco, ante la mirada atónita de Fray León; suceso que tuvo lugar en 1224 en una cueva del monte Albbernia, en Italia. Más adelante, entrando por esta misma puerta, y contigua a la iglesia, se ve una grisalla del siglo XVI: Un Calvario, con la imagen de Cristo tan deteriorada, que casi no se le reconoce.

En las esquinas del claustro hay tres obras más de arte: Dos óleos que representan, uno a San Pablo Apóstol, y otro a San Joaquín con la Virgen-Niña sentada en sus rodillas; la tercera, es una gran escultura de San Cristóbal, el cananita, en estilo barroco al estofado, llevando sobre su hombro izquierdo al Niño-Dios. Los ojos desorbitados con los que mira al Niño, explican elocuentemente el drama del gigantesco Cristóbal, o portador de Cristo.

De otros frescos que están en el claustro alto, sólo quedan fragmentos. Algunos expertos afirman, y hay indicios de ello, que debajo de estos fragmentos existe otra pintura, de la que nada se sabe. Sobre una puerta, se ve incrustado un pequeño y bello nicho con floreros laterales.

En uno de los cuartos se guarda un pequeño cuadro al óleo que muestra al primer obispo y arzobispo de México, Juan de Zumárraga, de la Villa de Durango en Vizcaya, que llegó a México en 1528 y murió en 1548, a los 80 años de edad: “Lo mandó copiar el Sr. Br. Don Lorenzo Messia y es copia del de la catedral de México.”

El Consejo de Administración de la Diócesis de Cuernavaca nos proporcionó el siguiente catálogo, elaborado por SEDUE, de los cuadros al óleo que se guardan en la bodega y que destacan por su calidad artística: Santiago, Sto. Tomás, San Felipe, San Juan, San Andrés y San Bartolomé, Apóstoles: San Ramón Nonato, San Joaquín y Santa Ana. Entrega del Niño-Dios a Sto. Domingo; toma del hábito de Fray Ignacio Iglesia; Virgen de los Dolores; Ntra. Sra. del Refugio; la Crucifixión; y un fino relieve de la estigmatización de San Francisco. Todos estos óleos, se nos informa, no tienen autor conocido y fueron pintados a finales del siglo XVII.

Ningún detimento sufrió en tiempos de la Revolución mexicana el exconvento de San Francisco. Unicamente, durante la persecución de Plutarco Elías Calles, tuvieron que albergarse allí el Seminario y el colegio de Sta. Inés, de las Madres Guadalupanas. En la actualidad, además de sede del obispado de Cuernavaca, es centro de reunión de los sacerdotes diocesanos, de matrimonios cristianos y de grupos juveniles.

LA IGLESIA DE LA ASUNCION

Concluidas las obras del convento en 1529, los franciscanos, ayudados por los indígenas de los barrios y de los pueblos, a quienes exhortaba Fray Toribio de Benavente, emprendieron la edificación de la iglesia, anexa al convento.

La esposa del Marqués, Dña. Juana de Zúñiga, y el mismo Hernán Cortés, su esposo, contribuyeron con sus propios bienes a la construcción. Se afirma que, a invitación de la Marquesa Dña. Juana de Zúñiga, esta iglesia fue diseñada por el arquitecto español Francisco Becerra, el mismo que dirigió la construcción del Palacio de Cortés en Cuernavaca.

Los vastos muros de esta iglesia conventual, comenzaron a levantarse en 1529, y se sabe que fue terminada en 1552, siendo dedicada a la Asun-

ción de la Virgen María. Se afirma que “la traza de la iglesia mayor, originalmente de una sola nave, ennoblecida con un grandioso arco triunfal y exornada con la tracería de formas góticas del bajo-coro, tiene una sobriedad única, modificada —posiblemente a principios del siglo XVII— con la superposición de una cúpula y de los cruceros”. Por lo tanto, las fechas que aparecen en algunos lugares de este templo, corresponderían a posteriores modificaciones y añadidos.

Observándola desde el atrio, la iglesia de la Asunción es de arcaica y masiva construcción; tiene planta en forma de cruz latina, y está considerada como uno de los monumentos de arte sacro más grandiosos en toda América. Elevados contrafuertes y pesados botareles la ciñen en su

Pila de agua bendita, siglo XVI



costado norte. El aspecto externo de sus vastos muros de piedra, enlutados por capas de líquenes, es severo e imponente. Toda esta montaña de piedra remata en largas hileras de almenas, como un bosque de lanzas levantadas al cielo. Sabiendo que detrás de estas almenas o merlones corre un camino de ronda, y que hay una plataforma para emplazar artillería, lo menos que se puede pensar es que fue concebida como un auténtico templo-fortaleza del siglo XVI, en previsión de algún alzamiento del pueblo recién conquistado.

A consecuencia de las muchas renovaciones que la iglesia de la Asunción ha sufrido, se puede decir que, de la construcción original, no subsiste sino el casco de la fábrica con sus contrafuertes, la portada lateral y el almenado.

Al igual que todos los templos conventuales del siglo XVI, tiene el ábside al oriente y su puerta mayor al occidente, cuya portada de dovelas está desprovista de toda ornamentación. No así, en cambio, la puerta de la "Porciúncula", o sea, de la indulgencia plenaria en las iglesias franciscanas el dos de agosto, cuya fachada, de cara al norte, posee un sobrio decorado de románico esbelto. Entre los motivos que la adornan vemos, dentro de un aperaltado frontón, un medallón florido con el monograma de María y, a los lados de éste, dos numerales, 1557, de idéntica fecha. Sobre el vértice del frontón, se levanta un calvario con cruz y calavera.

Una bóveda de cañón corrido cubre la nave, en la cual, a la altura del presbiterio, se dispuso una bóveda vaída, o de pañuelo, a manera de cúpula con linternilla, la que muestra la fecha de 1713.

A la derecha de la entrada principal, se ubica la torre construida en tres cuerpos. El primero data del siglo XVI, y el segundo de 1713; el tercer y más alto cuerpo de la torre, se desplomó con el temblor del 19 de julio de 1882, siendo reconstruido en ese mismo año a expensas de Dn. Fermín Gómez. Desafortunadamente, al hacer el reemplazo, no se siguió el estilo ni se cuidaron los acabados, lo que hace que este último cuerpo de la torre, en plateresco, desentone abiertamente de los otros dos.

Acerca de esta torre, relata Manuel Rivera Cambas, en su obra citada, "que tiene un reloj que se cree es el más antiguo de la República; que, construido por un padre franciscano, sirvió en la catedral de Segovia, España; que se lo regaló el emperador Carlos V a Hernán Cortés en los primeros años de la Conquista". En la actualidad, nada

se sabe de dicho reloj. Este mismo autor refiere la anécdota de un joven enamorado que, al no ser correspondido por su novia, se arrojó de lo alto de la torre, muriendo trágicamente.

Es precisamente en su espacioso interior donde esta iglesia de la Asunción ha soportado, a lo largo de los años, las más severas y radicales modificaciones, tanto en el aspecto jurídico, como en el estético y litúrgico.

Durante más de 200 años sirvió a los frailes franciscanos como centro de evangelización. El 4 de enero de 1757, pasa a ser jurisdicción del clero secular, constituyéndose en parroquia, de la que fue primer cura párroco el Pbro. Dn. Marcos Reinal. Finalmente, el 30 de octubre de 1891, por bula del Papa León XIII, la iglesia de Santa María de la Asunción, deja de ser parroquia y es erigida en catedral, sede la Diócesis de Cuernavaca, que abarca todo el territorio del pequeño Estado de Morelos. El cinco de agosto de 1894, como ya se ha mencionado aquí, toma posesión su primer obispo, Mons. Dr. Dn. Fortino Hipólito Vera. Al presente, la parroquia del Sagrario que corresponde a la catedral, es el magnífico templo de Ntra. Sra. de Guadalupe, mandado edificar por José Borda, el mismo que costeó la construcción de Santa Prisca, en Taxco, Gro.

En el aspecto estético, al paso del tiempo y de los cambios de estilo, ha tenido tres remodelaciones. En la época del barroco, siglos XVII y XVIII, el recinto que ocupa la iglesia estuvo provisto de retablos dorados y piso de duelas, como los que todavía subsisten en algunas antiguas iglesias. A fines del siglo XVIII, los retablos barrocos fueron sustituidos por altares neoclásicos, pues Tolsá y Tresguerras implantaron la moda de este tipo de arquitectura. Por último, en 1957, a partir de una nueva concepción de las formas y del espacio sagrado litúrgico, fueron desalojadas todas las instalaciones neoclásicas, y se creó en su interior un gran espacio vacío, ideal para que fuera realizado el ambicioso proyecto, promovido por Dn. Sergio Méndez Arceo, que además de cubrir dignamente las necesidades de la iglesia principal, dentro de un ambiente de basílica paleocristiana, también amalgamara armónicamente los elementos funcionales y los decorados de orden gótico —que a propósito fueron respetados— con los del nuevo estilo puesto en boga por maestros franceses. Así, vemos que las nervaduras ojivales de la bóveda del sotocoro y la textura ancestral de las pilas de agua bendita, armonizan con la sencillez de perfiles del hundido y circular baptisterio.

LAS PINTURAS MURALES DE LA IGLESIA

Al estar limpiando los muros en aquellos lugares que dejaron vacantes los altares neoclásicos, uno de los trabajadores, accidentalmente, descubrió tras la capa de cal que la cubría, parte de una pintura antigua. De inmediato se dio parte del hallazgo a las autoridades competentes. La Dirección de Monumentos Coloniales aportó lo necesario para hacer la investigación y restauración, si procedía. Cuando los técnicos descorrieron la cortina de cal, apareció lo que sería uno de los descubrimientos más valiosos, sin parangón hasta ahora en la historia de la pintura colonial: inmensos murales que, en sesenta metros de longitud por ocho de altura, cubren los dos muros de la nave entre el coro y el arco triunfal, pintados en tono pastel, del naranja, amarillo y café.

Semejando códices nahuas, estas pinturas, plasmadas probablemente en la primera mitad del siglo XVII, acusan la intervención de manos populares, asesoradas por maestros españoles y la tutela de algún experto japonés. Debido a que se encontraban muy deterioradas, hubo necesidad de restaurarlas; labor delicada que llevó a cabo

Hermilo Jiménez, del Departamento de Monumentos Coloniales, auxiliado por Arnulfo Millán.

Dichos murales describen en escenas ingenuamente yuxtapuestas, la travesía por mar de los frailes en canoas, y el martirio del joven santo mexicano Felipe de Jesús. Efectivamente, el emperador japonés Taycozama, pensando que el arribo de los religiosos era augurio de conquista, mandó torturarlo y después crucificarlo, junto con otros cinco franciscanos y veinte nativos conversos; suceso que aconteció en Nagasaki, el 5 de febrero de 1597. Por el hecho de que San Felipe de Jesús haya sido beatificado en 1625, nos hace pensar que con tal motivo se realizaron estas pinturas en su memoria.

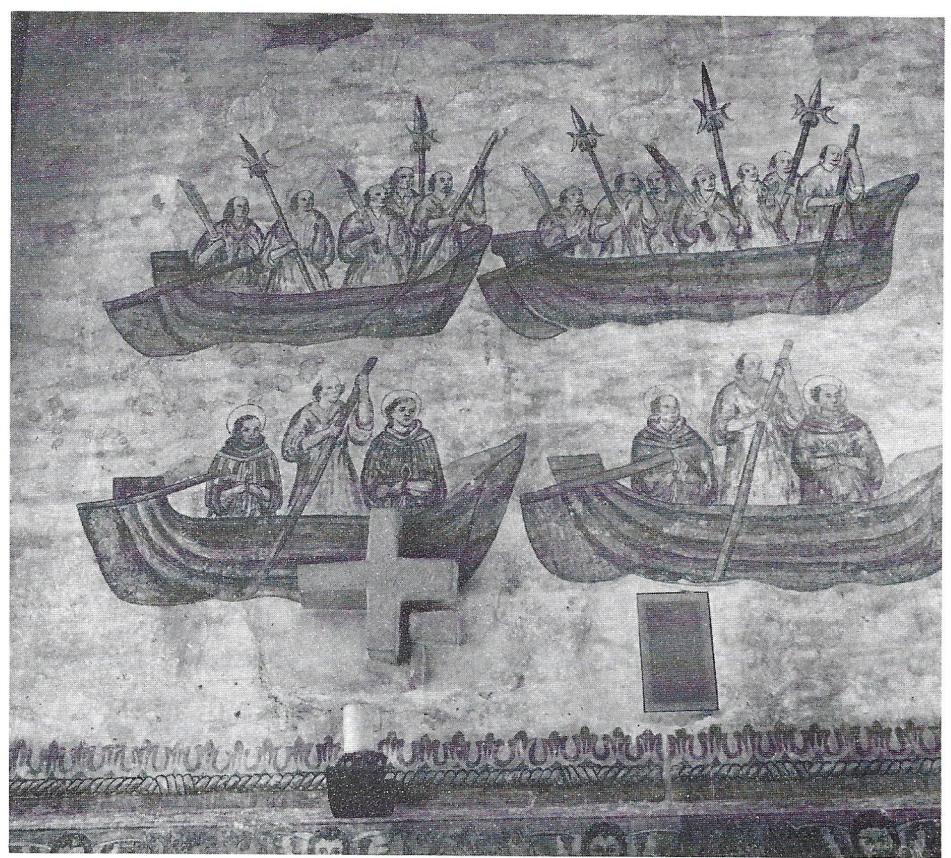
Con el fin de complementar las partes destruidas de estos importantes murales, el arquitecto Fray Gabriel Chávez presentó un anteproyecto, que probablemente se lleve a cabo, consistente en completar con textos, símbolos o figuras la iconografía de San Felipe de Jesús.



Sacrificio de San Felipe de Jesús y demás mártires de Nagasaki



Pinturas, siglo XVII



Guardias japoneses, conduciendo en lanchas, a los mártires al lugar de su sacrificio

REMODELACION DE 1957

Desde su llegada a Cuernavaca en abril de 1952, el entonces nuevo obispo de Cuernavaca Dn. Sergio Méndez Arceo, concibió la idea de reacondicionar este hermoso edificio en su dignidad y oficio de Madre de la Diócesis. Comunicó su idea a Fray Gabriel Chávez de la Mora, arquitecto y monje benedictino, quien el 30 de abril de 1957, le presentó un proyecto que cuajaba debidamente las aspiraciones del obispo. El proyecto poseía la cualidad de ser moderno en la concepción de las nuevas formas y moderno en la concepción litúrgica del espacio sagrado.

La adaptación litúrgica se adelantaba seis años al Concilio Vaticano II.

Una vez demolidos los retablos neoclásicos, construidos en enyesado dorado y bruñido, se abrió un solemne espacio, delimitado por recios muros.

El programa era crear el espacio organizado de la asamblea cristiana pensada como un cuerpo, el cuerpo místico de Cristo, para el servicio de la Palabra de Dios, para el Sacrificio y para los Sacramentos, según la forma litúrgica basilical.

El recinto del templo fue dividido en tres secciones principales: Santuario, Pre-santuario y Nave con cruceros.

El Santuario abarca desde el arco triunfal hasta el fondo del ábside. En el testero se alza una gran placa de bronce y grabados en ella el escudo episcopal con la leyenda "Charitas Christi", y un pelícano, símbolo de Cristo. Abajo de la placa está la cátedra del obispo, labrada en piedra de chiluca. "El obispo, liturgo principal, es el presidente de la asamblea, quien en su cátedra es maestro y pastor, rodeado de su Presbiterio, que sirve de enlace con el pueblo".

El centro del crucero lo ocupa el altar, único en todo el templo; monolito de chiluca sobre tarima de bronce con epigrafías. El altar está engrandecido por moderno ciborio o baldaquino, adornado con siete lámparas colgantes, en cuyo techo se extienden "las manos acogedoras y terribles del Padre, dominando todo el templo".

En el Pre-santuario se localiza el recinto para la proclamación de la Palabra de Dios. En primer tér-

mino está el ambón de la epístola. Frente a él, y un poco más elevado, está el ambón del Evangelio, con los símbolos de los cuatro evangelistas; este último ambón va acompañado del cirio pascual.

Los elementos litúrgicos del Santuario fueron planeados en simples formas geométricas y, excepto lo que es piedra de chiluca, fundidos en bronce. Su ornamentación es epigráfica, con textos de la Sagrada Escritura y símbolos alusivos al destino especial del mueble.

Una plataforma, la primera, está destinada a la administración y recepción de los sacramentos de la Confirmación, de la Comunión y del Matrimonio.

Dos imágenes principales dominan el recinto sagrado: El Cristo triunfal pendiente del arco triunfal; y la imagen de la Virgen María en su misterio de la Asunción, a la vista del pueblo fiel y del celebrante.

Para acercar a los cantores al Santuario, se construyeron unas tribunas en los cruceros, tribunas que, palmariamente, rompen la armonía arquitectónica.

Al derribarse los retablos se descubrieron los antiguos confesionarios empotados en los muros.

La espaciosa nave recibe luz de los altos vitrales de color ámbar.

El cielo de la bóveda de cañón se ve adornada por tracería simulada, en colores azul y ocre, haciendo referencia a las antiguas nervaduras de cantera.

Las nervaduras, en cambio, del sotocoro son de legítima cantera, y bajo ellas se encuentra el Bautisterio, que merece atención especial. Su fuente bautismal es un monolito negro de cuatro toneladas en forma de concha, bordeado por el cordón franciscano, hundido tres gradas abajo del piso para significar la sepultura con Cristo.

Por ser el Bautismo un sacramento de purificación, la fuente bautismal se halla situada a la entrada, junto con los tribunales de la penitencia,

segundo bautismo, que ocupan antiguas excavaciones en los muros.

En la realización de dicho proyecto, examinado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, intervinieron: Arq. Ricardo de Robina, director,

ayudado en diferentes aspectos por: Arq. Juan Rangel, Arq. Jaime González Luna. Arq. Raúl Alvarez, Dr. Octaviano Valdés, Arq. Enrique de la Mora y Sra. Tatiana, Hebert y Kitsia Hoffman, Felipe Pardiñas. Enrique Gómez ha sido el maestro de obras. Carretones ha moldeado las lámparas.

COMISION NACIONAL DE ARTE SACRO, A.C.

CONSEJO DIRECTIVO 1985

Presidente:

Arq. Luis Arturo Ramos Ramos

Vice-Presidente:

Arq. Angel Domínguez García

Secretario:

Arq. Francisco Pérez de Salazar

Tesorero:

Arq. José de Jesús Gómez Gutiérrez

Vocales:

Excmo. Sr. Dn. Jesús Tirado Pedraza
(El designado periódicamente por la
Conferencia Episcopal)

Arq. Jesús Aguirre Cárdenas

Dr. Javier Pérez de Salazar

Arq. Enrique Landa Verdugo

Arq. Salvador Guerrero y Alonso

Lic. Jesús Angel Arroyo

Arq. Guillermo López Canosa

Sr. Jorge Eugenio Ortiz

Sr. Gabriel Rosales Hueso

Sr. Salvador Cruz

Arq. José Luis Calderón

Consejo Técnico

Arq. Alejandro Mangino Tazzer

Arq. Fray Gabriel Chávez de la Mora

Arq. Juan Ramón Romero Ruiz

Arq. José Manuel Mijares M.

Arq. Fernando López Carmona

Arq. Javier García Lascuráin

Arq. Carlos Flores Marini

Arq. Manuel González Galván

Arq. Gustavo Landín Jiménez

Sr. Dn. Antonio Toussaint

Mtro. José Rogelio Ruiz Gomar

Arq. Carole Aboumrad

Pbro. Luis Avila Blancas

R.P. Alberto Aranda

Sr. Carlos Vega y Sánchez

Pbro. Angel T. Santamaría

Arq. Rafael Guízar Villanueva

Arq. Gustavo Mota

Mtro. Marco Díaz

Arq. Ramón Monroy

Arq. Juan Laris Iturbide

Arq. Francisco Antonio Ballesteros

Arq. Raúl Fernando Marún Hernández

Arq. Alberto Alvelais S.

COORDINACION GENERAL Y ADMINISTRACION

Pbro. Manuel Ponce Zavala

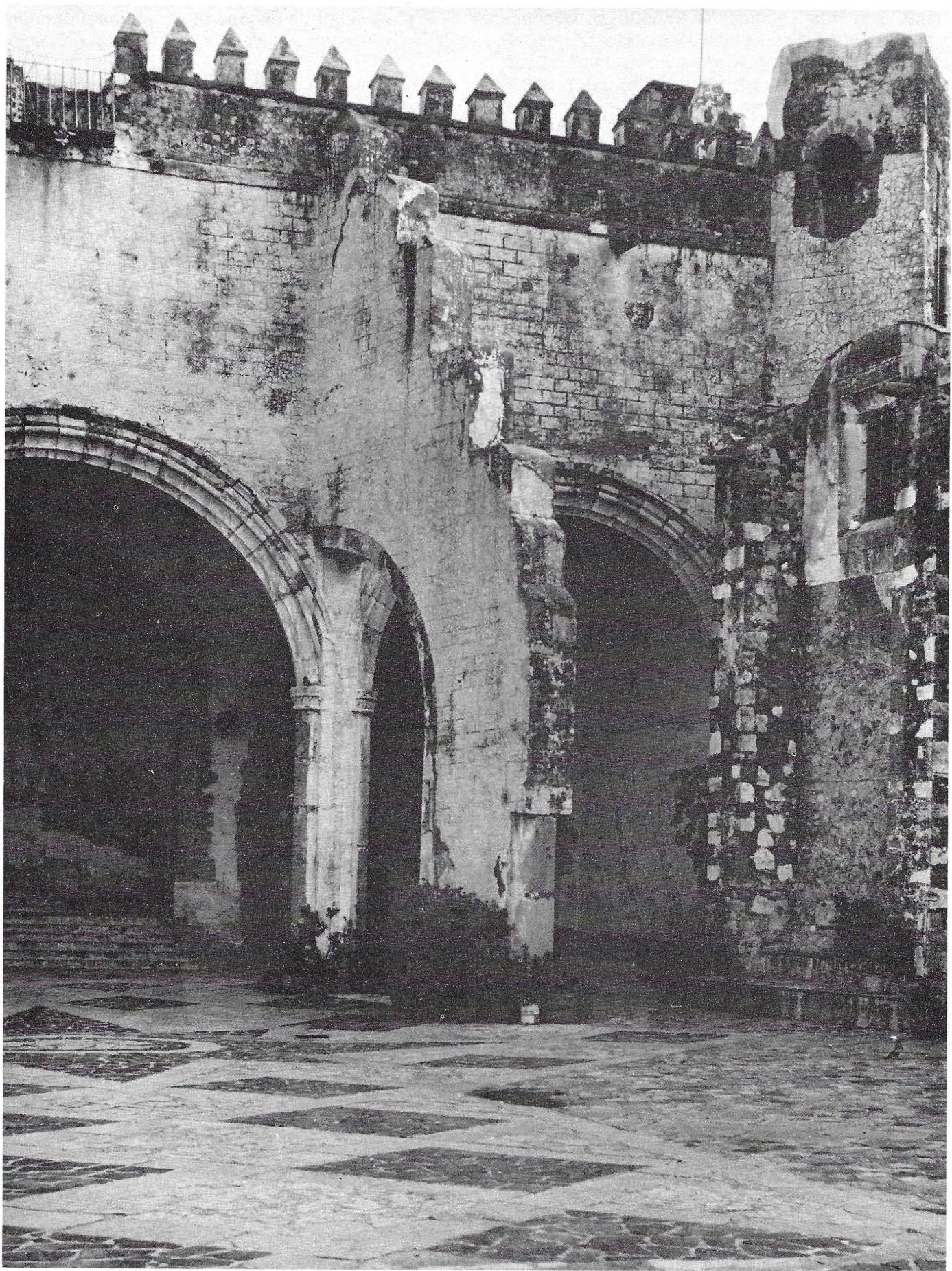
Oficinas Generales

Porfirio Díaz No. 33 Depto. 201

Col. del Valle C.P. 03100

México, D.F.

Tel. 575-9107



Arcadas y altar de la Capilla Abierta.